

portantes de suyo, sobre todo siendo mi firma tan conocida. Yo espero que bastará, y que al verla cualquiera diga: esto es de la mano de Lutero, notario de Dios y testigo de su Evangelio.»

A partir de esta época, Lutero arrastraba una vida de dolores. Dios le visitaba en su espíritu y en su carne. Su espíritu, debilitado por los padecimientos físicos, notenia ya sino raras iluminaciones; su mirada se dirigía á todas partes para encontrar una simpatía; pero en vano. Sus discípulos se perdían en delirios que él pugnaba por destruir de entre ellos: mas cuando cogía aquella pluma, en otro tiempo fulminante, sus dedos no podían sostenerla: quería sacudir la cabeza; pero su cabeza estaba fría, y ni encontraba ideas ni palabras, ó llena de tempestades, que no engendraban sino pensamientos incompletos.

Hubo un momento en que todas estas tempestades se apaciguaron: el espíritu y la materia se rejuvenecen en un punto; requiere su pluma, y escribe el testamento de su alma. Vedle sobre su pupitre trabajando su folleto *contra el papado, hijo del diablo*. La Santa Sede había tentado una reconciliación, y las entrañas de Lutero se conmovían á este nombre, porque quería morir en guerra con Roma.

«¡Un Concilio! ¡Qué os parece, bribones, que ni sabéis lo que es un Obispo, ni el César, ni Dios mismo, ni su Verbo? Papa, tú no eres mas que un asno, y asno serás siempre...»

«Pablito mio, yo te querré; no te resistas, no; no te resistas, papasno: el hielo no está aun firme, y se podrá quebrar; y si se quiebra, caerás y te romperás el cuello; y si al caerte se te escapa algo, ¡cómo me reiré, y diré: ¡Ah buen Dios, el papasno apesta!»

«Cristiano, cuando encuentres las armas del Papa, no te olvides de asperjarlas.»

Este papasno era... ¡Paulo III! el magnífico protector de las ciencias y las artes.

## CAPITULO XLI.

ULTIMOS MOMENTOS DE LUTERO.—1546.

Contiendas en la familia de los condes de Mansfeld.—Partida de Lutero á Eisleben.—Su emoción al ver las torres de esta ciudad.—Lutero en la mesa.—Sus profecías respecto al papado.—Ultimos momentos del doctor.—Entierro de Lutero.—Cárls V en la tumba del reformador.

Los odios dividían á la noble familia de los condes de Mansfeld. Estos odios tuvieron su origen en miserables cuestiones de territorio. En 1545, el conde Juan Jorge, en un viaje que hizo á Wittemberg, había pedido á Lutero que interpusiese su influencia para reconciliar á los príncipes. Lutero había prometido su mediación; Alberto la había rehusado como ofensiva. Fuera un espectáculo repugnante para la Reforma estas contiendas, que se superponían á todas las exhortaciones. El elector de Sajonia, que deseaba la paz, rogó al doctor que partiese para Eisleben: noble misión que pudo escusar Lutero, cuya salud estaba en muy mal estado. Algunos días antes había escrito Lutero al Pastor de Brema: «Me veo decrepito, perezoso, fatigado, tembloroso y sin vista mas que en un ojo: yo creía encontrar descanso en mis últimos días, y no encuentro sino penas, que me hacen sucumbir.»

Púsose, pues, en camino con un tiempo frío y lluvioso.

Lutero no había tenido jamás fe en la medicina, y nunca había querido seguir sus consejos. Su estado era, por último, tan desastroso, que no podía dar un paso; sus ojos estaban cubiertos de un tinte de agonía inesplicable; su frente, ardorosa como un carbon inflamado. Se deja, por fin, aplicar un vejigatorio en la pierna izquierda. Los vértigos cesaron, su cabeza quedó aliviada, la palabra fácil, el pensamiento claro, luminoso, fecundo.

Separado de Wittemberg, se olvidó de las prescripciones de la medicina, y dejó cicatrizar el cauterio que le habían practicado para supurar los humores, como entonces se acostumbraba. Sus tempestades de cabeza volvieron acompañadas de todo aquel cortejo de enfermedades que le atormentaban por espacio de doce años: la materia peccante refluía al cerebro. Lutero estaba afectado de una erosión del ventrículo.

En este estado llegó á Eisleben el 28 de febrero, habiendo estado antes detenido mas de tres dias en Halle, á causa de la inundación del Saal. Iba en compañía de Justo Jonás y tres hijos que le restaban. Su esposa no había podido seguirle por falta de salud. Cuando atravesó el rio, el barquichuelo, batido por las olas, se hundió en términos, que los niños, asustados, se arrojaron á los brazos de su padre. Lutero se sonrió, y dijo á Jonás: «¿Sabes que el diablo se hubiera reído bien, si Lutero, sus tres hijos y el Dr. Jonás hubieran tomado un baño en el Saal?»

Los príncipes de Mansfeld salieron á recibir á Lutero á las puertas de la ciudad con gran aparato militar, las banderas de la ciudad desplegadas y mas de cien caballos sobre las armas; el cañon y las bandas hacían los mismos honores que á la llegada de un dignatario del imperio.

Al ver Lutero las torres de su querida Eisleben fue acometido como de pasmo; su corazón desfallecía: creía morir, y miró al cielo como si llegase su última hora. Se tomó por de pronto la precaución de conducirle á una casa

de las próximas, y frotarle el cuerpo con paños calientes, para volverle á la vida. Abre por fin los ojos, y dice á los que le asistían que no tuviesen cuidado por este síncope, que era obra del demonio, que nunca dejó de asaltarle siempre que tenía alguna gran misión que cumplir.

Al siguiente dia de su llegada ya había olvidado completamente sus dolores.

Subió al púlpito en la Iglesia de San Andrés, donde en presencia de un numeroso gentío, venido de los puntos mas distantes, reprodujo contra el Papa y los monges todas las antiguas injurias que se veían en sus libros hacia mas de veinte años.

Lutero creía que separando á los juristas, á quienes los príncipes habían confiado sus intereses, del conocimiento de aquel asunto, restablecería la paz en la familia de Mansfeld; pero sus esfuerzos se frustraron.

Los príncipes le recibieron espléndidamente, y para obsequiarle se sirvieron los mejores vinos del Rin y la caza mas delicada de los vecinos bosques. Lutero quiso honrar á sus huéspedes, y bebió como un verdadero alemán, sin perder la cabeza. Maimburgo pretende, por el contrario, que en este opíparo banquete perdió el reformador la razón y la salud.

Lutero había recobrado su juvenil palabra con sus abundantes libaciones, tan repetidas como pudiera hacerlo en su primera juventud: se le hubiese creído en Wittemberg en los buenos tiempos de Prierias y Miltitz. El alegre convite hizo que el humor de Lutero se derramase convertido en sarcasmos contra el Papa, el Emperador, los monges, y tambien contra el diablo, que nunca olvidaba.

—Mis queridos amigos, decía: no nos conviene morir hasta que hayamos visto á Lucifer por la cola... Yo le vi ayer mañana, que me enseñaba el trasero sobre las torres del castillo.

Después, levantándose de la mesa, tomó de la pared

un pedazo de yeso, y trazó sobre la misma este verso latino: *Pestis eram vivus, moriens tua mors ero, Papa.*

«Peste era vivo, muerto tu muerte, Papa.»

Y volvió á sentarse, en medio de las risas de los convidados, que juzgaban ver en aquellas palabras la sentencia de muerte del papado. Pero la máscara de Demócrito cayó bien pronto, y el semblante de Lutero se cubrió de una indefinible tinta de melancolía. Tenia allá en lo íntimo el terrible presentimiento de su muerte cercana, y decía á sus compañeros, que hablaban de los largos dias de vida que Dios le había prometido:

—Los hombres no se hacen ya muy viejos, como en otro tiempo.

—Maestro, interrumpió Jonás: ¿nos conoceremos allá arriba?

—Adán, respondió el doctor, cuando despertó de su sueño, no dijo á Eva, á quien jamás había visto: «¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes?» sino: «Hueso de mis huesos, carne de mi carne.» ¿Cómo sabía él que esta mujer no había salido de una piedra? Del Espíritu-Santo, que le infundia su luz. Y nosotros, nosotros nos vestiremos en el otro mundo de una vida nueva, y reconoceremos nuestros parientes y amigos. Por vos, Jonás; á vuestra salud, dijo Lutero, que se apreciaba de la tristeza de su amigo, presentándole un vaso lleno de cerveza: é improvisó este verso latino, alusion anaacrónica á la cortedad de nuestra vida fugaz:

*Dat vitrum vitro Jonæ, vitrum ipse Lutherus.*

Uno de los convidados, porque se mudase la conversacion, se puso á hablar al que tenia á su lado del hermoso testilo de las Escrituras:

—¡Grande cosa y difícil es eso de entender las Escrituras!

—Se necesitaban cinco años lo menos para entender las *Geórgicas* de Virgilio; veinte años manejando diccionarios para entender á Ciceron; ciento para los profetas Elías, Eliseo, Juan Bautista, Cristo y los profetas, para poder gustar de las Escrituras... ¡Pobre humanidad!

Quando se levantaban de la mesa, llegó uno de sus discípulos de Francfort, y trajo la nueva de la muerte del Papa Paulo III: era una de esas noticias que circulan por las poblaciones de alguna estension.

—Ved el cuarto Papa que entierro, dijo alegremente Lutero: aun he de enterrar muchos mas. Si yo muero, vosotros vereis venir un hombre, que por cierto no ha de ser mas dulce que yo con los frailes. Yo le he dado mi bendicion: tomará una guadaña, y los segará como á las espigas.

—¡Habeis visto, dijo Celio á Jonás al salir de cenar, qué fuego extraordinario brillaba en los ojos de nuestro padre, y qué oprimido estaba su pecho! El púlpito le mata indudablemente.

Se había hecho entender á Lutero que debía renunciar al púlpito en una estacion tan fria; pero no quiso escuchar los consejos de sus amigos, y solo las instancias del conde de Mansfeld fueron tan vivas, que por fin cedió, y desde este momento dejó de presentarse en público.

Era el 17 de febrero; Lutero, envuelto en una larga ropa de levantar, perfectamente aforrada, se calentaba sentado cerca de la estufa, y á sus pies los dos niños Pablo y Martin. Miguel Celio y Jonás se entretenían cerca de él tratando de la vida futura, y riéndose del papismo.

Lutero les interrumpió, sacudiendo la cabeza.

—Si salgo de Eisleben, será para enterrarme vivo y dar á los gusanos el cuerpo del monge, para que le coman.

En este momento el doctor experimenta fuertes dolores, y su semblante se crispa horriblemente.

Aurifaber llega en este momento, y Lutero estrecha afectuosamente su mano, llevándola sobre su corazón.

—Padre mio, dice Aurifaber: la condesa Alberto tiene un excelente remedio para calmar estos dolores de pecho; es una pocion compuesta de aguardiente y de asta picada. Si quereis, yo iré al castillo.

Lutero hizo una señal afirmativa. Jonás y Celio en tanto hicieron calentar algunos paños que aplicaron al estómago del monge.

No tardó en llegar el conde Alberto con la bebida; había pasado el peligro, y el estado del enfermo no escitaba la menor inquietud. Lutero espresó en voz baja todo su reconocimiento. Marchose el conde Alberto, quedando aun al lado de su padre los discípulos Aurifaber, Celio y Jonás. Habiendo hecho beber á Lutero la pocion, respiró dulcemente, y pidió le dejasen dormir.

—Vereis, un poco de sueño me hará mucho provecho.

Eran las nueve de la noche. Se colocaron almohadas de pluma en el sillón, y descansando en él, por fin cerró los ojos, y quedó dormido: los niños tambien dormian alrededor de la estufa. La campana del castillo sonó las diez, y Lutero se despertó, y mirando alrededor suyo, vió á sus amigos que dormitaban.

—¿Por qué no os habeis ido á acostar? les preguntó.

Jonás contestó que debian velar y cuidar de su padre.

El enfermo quiso acostarse: ya estaba el lecho perfectamente preparado. Lutero se levantó, y rehusando el brazo de sus amigos, se dirigió á la puerta del dormitorio, y allí, con una voz toda apagada, dijo:

—Señor, yo pongo en vuestras manos mi espíritu.

Y volviéndose á sus discípulos, cuya mano buscaba:

—Dr. Jonás, maestro Celio, exclamó: rogad por

nuestro Dios y por nuestro Evangelio, porque la cólera del Concilio y del Papa se enardece.

Los asistentes se situaron al rededor del lecho del sajón: Celio á la derecha, Aurifaber y Jonás á la izquierda de la cama á la cabecera; á los pies los tres niños; el resto de la habitacion le ocupaban algunos consejeros del príncipe Alberto y los criados y familiares.

Lutero quedó dormido hasta una hora después de la media noche, en que se despertó, é incorporándose preguntó si la habitacion tenia fuego, porque queria volver á su silla. Jonás le preguntó si sufría aun.

—Sí, mucho, con vivos dolores, respondió Lutero. ¡Ah, amigo mio, querido doctor! Yo bien veo que muero en Eisleben, donde nací, donde recibí el bautismo.

—Reverendo padre, replicó Jonás: invocad á Jesucristo, nuestro Salvador, nuestro Padre, nuestro mediador, que vos habeis confesado. Habeis sudado, Dios os aliviará.

—Sudor frio, replicó Lutero pasando la mano por su frente; prodromo de la muerte; yo me muero: *In manus tuas, Domine.*

Su cara y su frente estaban frias.

Se le llevó al sillón; mas no hablaba ni se movía. En aquel momento salian á buscar médicos y á avisar al conde Alberto, quien, acompañado de su esposa, al poco tiempo se presentó en la habitacion: el conde Schwartzburg estaba cerca del moribundo. Sus discípulos y sus amigos murmuraban:

—Padre mio!

Lutero no comprendia nada. La condesa le frotaba las sienes y aplicaba á sus narices pomitos de esencias; mas no daba signo alguno de vida. El médico levanta la cabeza del agonizante, le separa los dientes, y derrama en su boca un licor, en virtud de cuya impresion abre Lutero los ojos.

—Padre mio, dice Jonás: ¿morís en la fe y en la doctrina que habeis predicado?

—Sí, murmuró Lutero, volviéndose al lado izquierdo y quedando adormecido.

La condesa sonreía en la esperanza de su vida; mas el médico mostró los pies, que el frío de la muerte había helado, y la nariz, que se ponía lívida. Pero la noble dama, esperando aun, frotaba su cuerpo, que se helaba entre sus manos, y el pecho, que despedía un estertor cavernoso. En este momento los labios del moribundo se entreabrieron, y exhala un débil suspiro, que interrumpió los piadosos oficios de la condesa, y hace palidecer á sus amigos: ¡el herejiarca estaba ante el tribunal de Dios!

El cadáver fue conducido con gran pompa á la iglesia de San Andrés de Eisleben. Justo Jonás pronunció la oración fúnebre. Los gemidos de los concurrentes interrumpían con frecuencia las palabras del orador, que lloraba tambien copiosamente. Diez ciudadanos velaron toda la noche cerca del catafalco. Al siguiente dia, el 20 de febrero, colocado el cadáver en un carruaje fúnebre, se dirigió por el camino de Wittemberg. En todo el camino, durante la marcha del cortejo fúnebre, se veía al pueblo acudir, descubrirse y entonar el cántico de los difuntos.

Segun las órdenes del elector, la Universidad, el clero, el Senado, los vecinos de Wittemberg, salieron á recibir el cuerpo á la puerta de Elster, y le acompañaron hasta la iglesia, pasando por la calle del Colegio, en medio del clamor de todas las campanas de la ciudad. El duelo marchaba en el orden siguiente: el clero, compuesto de cuatro diáconos, el Dr. Pomeranio, los oficiales de la casa electoral, todos á caballo; los dos condes de Mansfeld, sus servidores y escuderos. El cuerpo iba colocado dentro de una caja de estaño, revestida exteriormente de terciopelo negro, y conducida por una carroza. Al cuerpo seguían la viuda de Lutero y algunas damas en un pequeño carruaje

descubierto, sus tres hijos, su hermano Santiago, dos sobrinos de Jorge y Ciriaco el comerciante, el caballero Magníficus, Gregorio Bruck, Felipe Melanchthon, Justo Jonás, Gaspar Creuziger, Gerónimo Schurff, y otros profesores, doctores y maestros, y los consejeros, estudiantes, vecinos, nobles damas, mozas y niños, que todos derramaban lágrimas. El gentío era inmenso, y se oprimía en las calles y en las casas. Llegado á la iglesia el cuerpo, y puesto al pie del púlpito, se entonaron cánticos funerales, y se pronunció por el Dr. Pomeranio un discurso, interrumpido por los sollozos. Comparó á Lutero con el ángel del Apocalipsis, invocando la profecía que Huss pronunció en medio de las llamas, y la voz del mártir que anunció la venida del Dr. Martin. Habló tambien de la cristiana muerte, sufrimientos y enfermedad del doctor, de los votos que hizo en los últimos momentos, escapados de sus labios poco antes de cerrarlos para siempre, y que el Señor cumplirá, á no dudarlo. Comentó el *pestis eram*: el canto furibundo de Lutero contra el papado.

Melanchthon siguió á Pomeranio, y describe en un largo discurso los trabajos del «apóstol de Alemania.»

Los oficios siguieron; concluidos, el cuerpo descendió á la fosa recientemente abierta delante del púlpito, y cerrada, sellada y cubierta con una placa de cobre, en que se leía la siguiente inscripcion latina:

MARTINI LUTTERII,  
S. THEOLOGÆ DOCTORIS CORPUS H. L. S. E.  
QUI ANNO CHRISTI MDLVI, XII CAL. MARTII  
EYSLEBII IN PATRIA S. M. O. C. V.  
ANN. LXIII MUDX.

Al año siguiente, sitiada Wittemberg, fue tomada por las tropas imperiales. Carlos V quiso ver la tumba del re-

formador. Con las manos cruzadas sobre el pecho, leía la inscripción, cuando uno de sus oficiales le pidió permiso para abrir la tumba y arrojar al aire las cenizas del hereje. La mirada del monarca se inflama, diciendo: «Yo no he venido á hacer la guerra á los muertos; bastante tengo yo con los vivos:» y se retiró del templo.

estaban...  
los...  
óptima en las...  
el cuerpo, y...  
con el...  
Huss...  
la que...  
de la...  
for, de...  
das de...  
que el...  
cuan...  
Melancthon...  
go...  
Los...  
a la...  
ruda, se...  
leia la...

MARTIN LUTHER.  
S. THEOLOGICAE DOCTORIS  
D. CAROLUS CHRISTI M. D. C. LXXI.  
P. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

Al año siguiente...  
las tropas imperiales...

corazon del príncipe...  
de...  
de...  
de...  
de...  
de...

CAPITULO XLII.

CATALINA BORA. — RECUERDOS DE LUTERO.

Sufrimientos de Catalina Bora. — Su muerte. — Recuerdos de Lutero.

Bien pronto olvidaron los príncipes reformados á la viuda del reformador, y Catalina Bora, abandonada después de algunos años, no tuvo pan con que alimentar á sus hijos. Quedó reducida á pedir una limosna para la viuda del reformador; pero ni sus súplicas, ni sus lágrimas, fueron escuchadas. Melancthon, en una carta dirigida á su amigo Justo Jonás, se lamenta de la dureza de los grandes de la tierra: «Se alzan contra nosotros; y nos olvidan! Uno solo tuvo piedad de nosotros; el Rey de Dinamarca, que se digna enviar á la viuda del reformador una pequeña suma.» Mas bien pronto se cansó la piedad del monarca. Una carta de Bugenhagen, dirigida á Cristián III, quedó sin contestacion, sin embargo de la manera espresiva con que estaba redactada: «Que V. M. se digne volver sus ojos á una pobre viuda que no tiene con qué alimentar á sus hijos; os suplicamos en nombre de Lutero, cuyo nombre vivirá eternamente.» Catalina se decidió tambien á mover por su parte el